

EL MITO DE LA RAZA ARIA

UNA LOCURA QUE COSTO SEIS MILLONES DE MUERTOS



Hitler, Goering y Goebbels, en una recepción celebrada en Berlín el año 1939, poco antes de la guerra mundial. Hitler decía que los negros, los judíos y los gitanos no eran ni siquiera hombres. «Ni siquiera animales: estamos más cerca de los animales que ellos». Hoy no hay doctrina en el mundo que no condene el racismo, a excepción de la pseudociencia sudafricana del «apartheid».

Por **JUAN ALDEBARAN**

rice Duverger, *Introduction à la politique*, Gallimard, París, 1964). Todas estas teorías se contradicen formalmente entre sí: vistas en conjunto ayudan a comprender que el arianismo es un mito.

Con todas estas ideas en el aire cultural de su tiempo, con un notable resentimiento por la pérdida de los privilegios de la aristocracia, un conde francés, Arturo de Gobineau, crea enteramente el mito político del pueblo ario. La bomba colocada por el conde en 1853, fecha de la aparición de su *Essai sur l'Inégalité des Races Humaines*, iba a hacer saltar los pilares de la Historia casi un siglo más tarde. Todavía hoy muchos millones de personas mantienen una «mentalidad Gobineau» y se apoyan en la supuesta desigualdad de las razas humanas para explicarlo todo.

El conde de Gobineau mantiene en su «Ensayo» que la caída de las civilizaciones se produce como consecuencia de deterioración de la «calidad racial» de sus fundadores al mezclarse con razas inferiores. Supone que si esta mezcla consigue elevar de nivel una raza inferior, también produce simultáneamente un descenso de la raza superior. Casi letra por letra esta idea va a aparecer después en el libro fundamental de Hitler: «El pecado contra la sangre y la raza es el pecado original de este mundo y significa el final de la humanidad que los comete» (*Mein Kampf*, Franz Eher Nachfolger, Munich, 1934; página 272). Gobineau separa la humanidad en tres grandes razas: blanca, negra y amarilla: la negra es de temperamento artístico, pero sin virtudes intelectuales; la amarilla es racionalista, pero no tiene imaginación; la blanca, en cambio, es una síntesis de todos los equilibrios. Pero la raza blanca se divide a su vez en tres grupos: hititas, semitas y arios. Estos arios son los definitivamente superiores, los creadores de las grandes civilizaciones que han caído precisamente cuando los arios se mezclan con razas inferiores. Gobineau, que es pesimista como consecuencia de la situación histórica de la aristocracia en su tiempo, pronostica que en el futuro todas las razas se mezclarán y que el mundo se ahogará en una eterna mediocridad, en una degeneración perpetua... Es curioso encontrar hoy entre los pensadores alemanes decepcionados por la derrota de su aristocracia racista pensamientos similares, y es más curioso aún encontrar que generalmente se apoyan en *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, para explicar su tesis. Por ejemplo, el profesor Röpke, que atribuye los males de la sociedad **SIGUE**

«Los superhombres rubios de la svástica, con toda su pureza aria...»

(Roberto Merino, «Escriben los lectores», TRIUNFO n.º 120 del 19-9-1964)

La característica más curiosa de la raza aria es que no existe ni ha existido jamás. Ni raza aria, ni pueblo ario. Otro rasgo paradójico de esta cuestión es que los inventores del arianismo iban a ser después sus víctimas: los franceses (y un inglés). Cuando se profundiza un poco en la cuestión de las razas y se hace sin prejuicios suelen surgir muchas sorpresas. Por ejemplo, cuando el gran músico negro Roy Elridge decía que un músico blanco jamás podría tocar «jazz» como lo hacen los negros, el crítico Leonard Feather le sometió a un «blindfold test», que consiste en escuchar fragmentos de música y adivinar su autor: Roy Elridge atribuyó muchas veces música de un blanco a un autor negro, y viceversa (J. E. Berendt, *Das neue Jazzbuch*, Fischer Verlag, Frankfurt). Es evidente que el «jazz» procede de una cultura negra, de una civilización africana profunda y antigua, pero un músico blanco puede asimilarse esas formas culturales de la misma forma que un negro puede asimilarse culturas y técnicas tenidas comúnmente como «blancas»: creer lo contrario es racismo.

El mito ario tiene probablemente su punto de partida en las *Letres sur l'Histoire de France*, de Agustín Thierry, publicadas en 1827, donde por primera vez se da una explicación racista de la Revolución francesa, planteándola como una lucha entre los descendientes de los galo-romanos y los descendientes de los francos, un pueblo germánico autoritario y corporativista, una «raza de señores». Esta raza podía ser una, cuyas trazas lingüísticas había encontrado Jones en 1788 al descubrir ciertas identidades entre el sánscrito, el griego, el latín, el celta y el alemán, tesis seguida en 1813 por Thomas Young, que cree en la existencia de una «lengua madre» Indo-europea y, por consiguiente, de un pueblo que hablaba esa lengua: el pueblo ario. Los etnólogos de la época no quieren dejar a los lingüistas el éxito del descubrimiento y se lanzan a investigar el origen y la localización del supuesto grupo ario. En 1840, Pott lanza la idea de que los arios proceden de los valles indios del Amú-Darí y del Syr-Darí. En 1868, Benfroy los localiza en el norte del mar Negro, entre el Danubio y el Caspio. En 1871, Cunok los coloca entre el mar Negro y el Ural. En 1890, Brinton los supone procedentes de África del Norte. En 1892, Gordon Childe sitúa a los arios primitivos en la Rusia meridional. Ya en el siglo XX, Johansson señala el origen en las orillas del Báltico; Kossina, en el norte de Europa; Peter Giles, en Hungría (Prof. Mau-

occidental a lo que llama en alemán «Verfassung» —digamos masificación—, o sea, la «formación de masas amorfas y sin cohesión». Y dice: «El libro de Ortega y Gasset *La rebelión de las masas* ha hecho mucho por la comprensión de este fenómeno (W. Röpke, *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart*, Eugen Rensch Vg, Erlenbach, Zurich). Una idea semejante aparece en el manual de sociología de los profesores Helmut Schelsky, de la Universidad de Hamburgo, y W. R. Heere, de Tilburg: «... Así, el hombre se reduce, cada vez más, a no ser más que un elemento indiferenciado, perdido en una masa de seres semejantes a él mismo en todos los puntos. Se convierte en lo que el ensayista español Ortega y Gasset ha llamado «un hombre-masa» (*Encyclopédie universelle*, Marabout Université, tomo V, París, 1962). El camino que recorren ciertas ideas es, a veces, más revelador que esas mismas ideas.

Las ideas de Gobineau fueron después continuadas por sus discípulos, entre ellos Vacher de Lapuge, autor de una hermosa frase que ya ha sido citada en este semanario: «La más noble conquista del hombre no es el caballo, sino el esclavo» (También hay un paralelo con nuestro tiempo: un gobernador racista de un Estado del Sur de los Estados Unidos acaba de decir que «el mejor amigo del hombre no es el perro, sino el negro»). Pero el paroxismo del arianismo lo lanza un inglés excéntrico, Houston Stewart Chamberlain (*Foundations of the Nineteenth Century*, John Lane, the Bodley Head, London, 1913. La primera edición es de 1899). Este curioso individuo, hijo de un almirante británico, casado con una hija de Wagner, llevó su arianismo al punto de nacionalizarse alemán, abandonando su patria, en plena guerra mundial (1916). Cuando murió, en 1927, Hitler acudió a su entierro. Chamberlain se diferencia de Gobineau en que es optimista: la raza aria no ha desaparecido de la tierra sino que se ha centrado en los teutones, raza que comprende también a los celtas y los eslavos del norte de Europa. Los judíos son «el caos de los pueblos». Tienen un espíritu «corrosivo y desintegrador». La Iglesia católica es

un enemigo, es «el eterno impedimento para el desarrollo libre y la expansión del espíritu germánico». El libro de Chamberlain es el origen del antisemitismo y del anticatolicismo nazi: es, con el de Gobineau, el punto de apoyo fundamental del *Mein Kampf*, de Hitler.

Hitler vuelve al mito de las tres grandes razas que pueblan el mundo. La primera está formada exclusivamente por los arios. La segunda por los japoneses que, sin embargo, están obligados a depender de las técnicas extranjeras. La tercera: judíos, negros, gitanos... Los judíos son precisamente los encargados de la corrosión de la raza aria. Con el tiempo, Hitler iría modificando su pensamiento, como luego veremos, hasta llegar a pensar que los judíos, los gitanos y los negros no son realmente hombres, ni siquiera animales. Un paso considerable en la profundización de las ideas racistas del nazismo lo dio Alfred Rosenberg que, como su apellido indica —y ésta es una paradoja más del racismo—, era de origen judío. Rosenberg escribió su *Mito del siglo veinte* (*Der Mythos des zwanzigsten Jahrhunderts*, Hoheininchenverlag, Munich, 1930) en un estilo puramente frenético. Convierte el arianismo en una religión; pero frente a otras religiones que tienen un mensaje universal, el arianismo, el «mito del siglo veinte», está reservado exclusivamente al pueblo germánico. «Hoy está naciendo una nueva creencia, el mito de la sangre, la creencia de que en la sangre se defiende el carácter divino; la creencia, enraizada en la más esclarecida sabiduría, de que la sangre nórdica representa el misterio que ha llegado y reemplaza a los antiguos Sacramentos» («sangre» aparece aquí en el sentido de «raza»). Ya estamos en pleno delirio... El ario es la «bestia rubia» de Nietzsche, emancipado de Dios, dios en sí mismo. Así como Gobineau cree que los arios han sido en el pasado los grandes creadores de civilizaciones, Rosenberg asegura que el ario no ha conseguido nunca entrar en la Historia definitivamente porque ha sentido piedad por las otras razas: pero, precisamente en ese momento (1930), el ario ha vencido esa piedad y va a ocupar



Alambradas con corriente de alta tensión en el campo de Struthof. Seis millones de judíos asesinados fueron el último eslabón de una larga cadena que comienza con Thierry y Gobineau, con la idea de que hay razas superiores a otras, y termina con la creencia de que un pueblo está formado por dioses o por semidioses.



EL MITO DE LA RAZA ARIA

Horno crematorio de un campo de concentración nazi. Rosenberg había convertido el arianismo en una religión. Todo el mundo sabe hoy la cantidad de sangre inocente que iba a correr poco después por culpa de las ideas del teórico del nazismo. Su falso cientificismo llegó a alucinar a todo un pueblo.

su puesto en el universo. Todos sabemos la cantidad de sangre inocente que iba a correr en el mundo por esta simple expresión de ideas... Su explicación de la Historia es enloquecedora; encuentra arios en todas partes, y antiarios también. Grecia estuvo a punto de conseguir el arianismo, pero la aparición del intelectual Sócrates lo neutralizó. Jesús no era judío, sino ario puro, un hombre de raza superior; pero San Pablo, hombre de raza inferior, a su lado, consiguió cambiar todo el sentido del mensaje de Cristo, introduciendo elementos judíos en el Evangelio ario... Los ejemplos pueden ser infinitos y muestran hasta qué punto el racismo llegó a ser un paroxismo en Alemania, y el falso cientificismo de los místicos nazis llegó a alucinar a un pueblo.

EN un libro que alcanza en estos momentos el «clímax» de la fama, *Le matin des magiciens* (Gallimard, París, 1960), Louis Pauwels y Jacques Bergier explican el racismo nazi, y todas las teorías nazis, en general, por una religión emparentada con la magia negra. (Se trata de un libro interesante y apasionante, pero extremadamente peligroso porque mezcla sin discriminación algunos descubrimientos realmente científicos con narraciones, datos imaginativos, leyendas, interpretaciones: la verdad desaparece a cada página y se confunde con la mentira.) Los autores no se muestran muy lejanos a las ideas de Rosenberg, y creen que si por fuera la segunda guerra mundial tenía un aspecto de lucha entre fascismo y democracia, la realidad es que se trataba «de una lucha de dioses»: Hitler desencadenaba unas fuerzas luciferinas. Señalando a las sociedades secretas, los antepasados gigantes de los arios, la existencia de «superhombres» en el mundo nazi, dotados de poderes ocultos, los autores de este libro caen en el mismo ridículo de Rosenberg, aunque en sentido contrario. Sin embargo, sus datos y sus citas hacen pensar que Hitler creía realmente en la fuerza mágica que le impulsaba a él y a su pueblo. Citan especialmente a Rauschning, jefe del Gobierno de Dantzig, que relata algunas de sus conversaciones con Hitler. «El hombre nuevo —exclamaba Hitler— vive entre nosotros; voy a contarle a usted un secreto: yo le he visto. Es intrépido y cruel. ¡He tenido miedo ante él!». Y cuenta Rauschning que Hitler «temblaba de un ardor extático». Un falso hombre de ciencia, Horbiger —dotado de verdaderas condiciones para ser un sabio, pero alucinado por la soberbia—, buscó unos fundamentos pseudocientíficos para justificar las tesis nazis. Horbiger había creado una cosmología en contradicción con la astronomía y las matemáticas, pero basada en los antiguos mitos. «La ciencia objetiva —decía— es una invención perniciosa, un totem de decadencia». Su invento fue la teoría del hielo eterno, demasiado absurda y demasiado complicada para ser expuesta aquí; pero la realidad es que en Alemania, en algunas industrias, los empleados tenían que firmar un documento donde se leía: «Juro creer en la teoría del hielo eterno». «Nuestros antepasados nórdicos se hicieron fuertes en la nieve y en el hielo», escribía Horbiger. A base de hielos y diluvios, Horbiger escribió una historia de la humanidad con gigantes y esclavos —gigantes, literalmente— que correspondía al mito de la raza aria «que descendió de las montañas habitadas por superhombres de otras edades, destinada a dirigir el planeta y las estrellas». Por eso Hitler decía a Rauschning que negros, judíos y gitanos no eran ni siquiera hombres: «Ni siquiera animales: estamos más cerca de los animales que de ellos». «Las afinidades del pensamiento de Horbiger —escriben Pauwels y Bergier— con los temas orientales de edades antediluvianas, de períodos de salvación y períodos

de castigo de la especie, apasionaron a Himmler». Himmler no vaciló: fue el dios de la exterminación, el dios de la Gestapo. Seis millones de judíos muertos son el último eslabón de la cadena que comienza con Thierry y Gobineau, que empieza con la idea de que hay razas superiores a otras, y que termina con la creencia de que un pueblo está formado por dioses.

EY no hay doctrina en el mundo que no condene el racismo, a no ser la falsa sociología de Verwoerd, en África del Sur. Desde el cristianismo al marxismo, ninguna doctrina mundial cree en la superioridad de una raza sobre otra. Algunas personas, algunos pueblos, no han conseguido desprenderse de esta manera nefasta de pensar que, en el fondo, no tiene más base que la lucha por el poder, la lucha por dominar y por tener ventajas económicas, la lucha de clases: Se advierte que las clases racistas son aquellas que necesitan una mano de obra barata; y que los individuos racistas son aquellos cuya pobreza material o mental les obliga a inventar que otros son inferiores a ellos, para no sentirse los últimos en la escala social (ejemplo, los blancos pobres de los Estados del Sur). «Las teorías racistas son falsas científicamente —afirma el profesor Duverger, obra citada—; es cierto que existen razas definidas biológicamente por la predominancia estadística entre los individuos que las componen de ciertas características genéticas (color de la piel, textura del cabello, grupos sanguíneos, etc.). Todo el mundo admite así la existencia de cinco grandes razas determinadas por las frecuencias relativas de algunos genes (ocho, en general): 1, la raza europea o caucásica; 2, la raza africana o negroide; 3, la raza amerindia; 4, la raza asiática o mongoloide; 5, la raza australoide. Ciertos biólogos estiman que se pueden dividir estas cinco grandes razas en pequeñas, siempre basados en la frecuencia de los genes. Algunos definen así hasta treinta razas, pero esto es discutible. Esta discusión, en realidad, no tiene importancia. Basta con comprobar en principio que ciertas razas, que juegan un papel importante en las teorías racistas, no corresponden a nada en el plano científico. Ningún biólogo ha hablado jamás de raza aria. Ninguno ha hablado jamás de raza judía; se ha podido mostrar, por el contrario, que las frecuencias de caracteres genéticos son más próximas para los judíos de una nación y los no judíos de esa nación que para los judíos de diferentes naciones. En cuanto a las razas verdaderas (negra, amarilla, blanca, etc.) las únicas diferencias que la ciencia reconoce entre ellas son de orden biológico: pigmentación, color de ojos y cabellos, talla, forma del cráneo, grupo sanguíneo, etc. Nadie ha podido establecer jamás que de estas diferencias genéticas se deriven aptitudes intelectuales o capacidades sociales y políticas».

NATURALMENTE, no se ha pretendido en estas líneas agotar el tema racial, que tiene muchas vertientes: despojo de los judíos en la Edad Media, colonización, tribus y clanes, odio entre pueblos vecinos, entre grupos étnicos distintos dentro de una misma nacionalidad... Solamente se trataba de aclarar el mito de la raza aria y, con él, de destruir algunas de las bases que forman el pensamiento racista de algunos ignorantes. El de los puramente interesados en que existan razas inferiores es, claro, más difícil de destruir...

J. A.

(Fotos KEYSTONE y LOGOS)